

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—  
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—  
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-  
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-  
ses, 60.—Un año, 100.

Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.—  
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las  
suscripciones enviando á esta Administracion el  
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-  
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-  
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Calle de las Huertas, número 40, cuarto bajo.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

EL SOCIALISMO.

—¿A dónde vas, Pedro, con ese aire de mal humor?  
—No lo sé, pero si me dejara llevar de la rabia...  
—¿Qué harías?  
—Casi nada. Hoy mataba á mi casero.  
—Pues ¿qué te ha hecho?  
—Me ha despedido de la casa, á pretexto de que hace  
seis meses que no le pago.  
—¿Seis? ¡No ha tenido poca paciencia!  
—¡Paciencia! Más tengo yo que le he estado pagando  
tres años.  
—Hombre, pero si has vivido en su casa, ¿no habías  
de pagarle?

—En alguna parte ha de vivir la gente.  
—Es cierto, pero algun provecho ha de sacar el que  
proporciona habitacion al que no la tiene.  
—Eso no está muy claro.  
—Lo que estará turbio es el entendimiento del que lo  
ponga en duda.  
—Vamos, ya se conoce que tú eres neo.  
—Liberal y de los buenos.  
—Yo soy republicano.  
—A mí me parece que la república haría la desgracia  
de nuestra patria.  
—Soy ademas socialista.  
—Pues siento decirte que estás loco.  
—El que cree en la propiedad no puede ser buen liberal.

—Entonces no es liberal ningun hombre razonable.  
—Si vinieras al club donde yo voy todas las noches,  
alli te convencerías de que la propiedad es un robo.  
—Dios me libre de ir á perder el tiempo oyendo maja-  
derías.  
—¿Llamas á eso majaderías?  
—No se me ocurre otro nombre. Y creo que si en lugar  
de ir al club te estuvieras en tu casa haciendo zapatos,  
tendrias más contentos á los parroquianos y no te verías  
despedido por el casero.  
—El casero me despide ahora, pero dentro de poco  
vendrá la revolucion y entonces verá él y todos los ricos  
cuántas son cinco.  
—Lo que sucederá dentro de poco es, que si no varias

— 64 —

—No he venido aquí para discutir acerca de la longitud de mi espada.  
—¿Qué deseais, caballero? dijo una jóven de aplastada nariz y de gruesos  
labios, cuyo colorado rostro parecia cubierto con una espesa capa de barniz.  
Chaudoreille la examinó un instante.  
—¡Diablo! se dijo al cabo de un momento, esta no conviene exactamente  
con las señas que me han dado. Sin embargo, el amor es ciego y los grandes  
señores se suelen enamorar de esas figuras raras.  
Sin embargo, despues de haber examinado á la persona que le acababa  
de dirigir la palabra, miró Chaudoreille á su alrededor y vió otra jóven que  
estaba cosiendo unas cintas. Al primer golpe de vista reconoció nuestro cab-  
allero á la jóven de que le habia hecho Touquet el retrato; solamente el co-  
lor de sus ojos era lo que Chaudoreille no podia ver todavía, por tener la  
vista fija en la costura. Enseguida se aproximó nuestro caballero haciendo  
un gracioso saludo y murmurando por lo bajo:  
—Ya encontré lo que buscaba; tengo un acierto que á mí mismo me sor-  
prende. Otros hubieran estado dudando una hora, pero yo reconozco al  
primer golpe de vista á la persona que se me indica sin que me equivoque  
jamás.  
—¿Qué cintas tan bonitas! dijo Chaudoreille apoyándose sobre el mostrador  
con aire de importancia, acariciándose el bigote y tratando de imitar el tono  
impertinente de los jóvenes de aquellos tiempos.  
La jóven alzó entonces los ojos, y los fijó sobre el caballero, deteniendo  
á este con su brillo y su expresion en medio de un cumplido, con el cual  
esperaba alcanzar el éxito más lisonjero.  
—¡Diablo! ¡qué mirada! ¡qué fuego! se dijo Chaudoreille dando un paso  
hacia atrás, mientras que la jóven continuaba examinándole, hasta el punto  
de entusiasmar á nuestro caballero, el cual hizo una cortesía de las más se-  
ductoras de su repertorio, pero con tal desgracia, que la empuñadura de  
Orlanda fué á dar en los ojos de un gato que dormía tranquilamente en una  
silla, el cual empezó á lanzar lastimeros aullidos.  
Una burlona sonrisa se dibujó en los labios de la jóven que dijo á Chau-  
doreille:  
—¿Qué cinta deseais, caballero?  
—¿Qué cinta!... Á fe mía que no sé; una cosa que venga bien con el color  
de mi traje... Es para hacerle un lazo á Orlanda.  
—¿Y quién es Orlanda, caballero?

— 61 —

—¿Y no tiene otros protectores?  
—¿A quién quereis que tenga cuando nadie conoce á su familia?... Tou-  
quet ha tenido siempre muchos cuidados con ella. Ha tomado para que la  
sirva una vieja criada que se llama Margarita, la cual no se ocupa más que  
en buscar preservativos contra la tempestad y contra las brujas, ó talismanes  
para preservar la virtud de su querida Blanca.  
—¿Se llama pues Blanca la jóven?  
—Sí, ese es su nombre.  
—¿Y no tiene á nadie más que á Margarita?  
—¿Os parece poco?... Ademas, la jóven no sale nunca, ni se la ve aso-  
marse á la ventana...  
—¿Y no les parece á ustedes, dijo una vecina del barbero, que si Touquet  
educa á esa niña con tanto cuidado es porque está enamorado de ella?  
—Quizás tengais razon, Touquet es todavía jóven, y podria casarse con  
Blanca...  
—No lo creo, dijo la señora Ledoux. Segun le he oido decir á ese caba-  
llero delgado que lleva una espada muy grande y que va bastante á menudo  
á casa del barbero, la huérfana es muy fea.  
—¡Fea! exclamó Urbano sin poder contenerse, ¡esa es una calumnia!  
—¿La habeis visto vos, caballero? dijeron á un mismo tiempo todas las co-  
madres que se habian reunido en la panadería, mirando al jóven con mali-  
cia. Éste conoció que habia cometido una imprudencia, y como sabia ya todo  
lo que deseaba saber, les hizo un saludo á todas ellas, las cuales se quedaron  
diciendo:  
—¿Se ha ido sin decirnos para qué queria á Touquet!  
Pero nuestro jóven tenia ya las noticias que queria, y se dirigió hacia la  
calle de Montmartre, en donde tenia su casa, al mismo tiempo que iba pen-  
sando en lo que acababa de oír.  
—Al fin y al cabo, se decia, no es hija del barbero; le ha servido de pa-  
dre, pero no tiene sobre ella más derechos que los que dan los beneficios  
de un corazon reconocido. Es hija de un noble, tanto mejor. Mi padre tam-  
bien era noble, y se batió valerosamente bajo el reinado de Enrique IV. Los  
veteranos se acuerdan todavía del capitan Dorgueville, y el nombre que me  
ha trasmitido está puro y sin mancha. Soy solo, estoy completamente libre.  
¡Lo mismo que ella, me encuentro sin padres; pues hace un año que la  
muerte me arrebató á mi querida madre! Mi fortuna es muy modesta; dos-

de modo de pensar te enviarán á Fernando Póo y no te sacará de allí ninguno de los charlatanes que abusan de tu ignorancia y de la de otros pobres diablos como tú.

—Pero vamos á ver, ¿por qué estoy yo obligado á pagar á mi casero?

—Permíteme que te haga otra pregunta.

—Dí lo que quieras.

—¿Haces tú zapatos de balde?

—Hombre no.

—¿Y por qué exiges que te paguen tus parroquianos?

—En primer lugar porque me mandan trabajar, y luego porque como ellos necesitan calzarse yo les presto un servicio.

—Perfectamente: pues tu casero no ha ido á rogarte que vivas en su casa.

—No, yo fui á pedirselo.

—Es claro, y como necesitabas vivir en alguna parte, él dándote su casa también te presta un servicio; luego si tus parroquianos te pagan, tú debes pagarle, á menos que quieras cobrar los servicios que prestas y no pagar los que recibas.

El caso es muy diferente, porque mi servicio me cuesta trabajo y el suyo no.

—Te engañas. La casa en que vives representa también un trabajo. ¿Qué es el ahorro sino el sobrante de lo que se gana? Y ¿qué es el capital más que la acumulación del ahorro? De manera que una, ó dos ó tres generaciones han estado trabajando para poder proporcionarte á ti una habitación en que te albergues con tu familia. El alquiler que tú pagas al casero no es más que la remuneración del trabajo de esas generaciones.

—Pero no del trabajo del casero.

—¿Cuándo tú tienes dinero quisieras que se empleara en vestir á los hijos de tu vecino?

—No, porque los míos andarían desnudos.

—Lo cual sería una injusticia idéntica á la que resultaría si tú te aprovecharas del trabajo de los padres del dueño de tu casa, que es lo que sucedería si vivieras en ella de balde. Lo natural es que los hijos recojan el fruto del sudor de sus antepasados, y eso es lo que hace tu casero al exigirte que le pagues alquileres. Además él tiene que hacer gastos para el sostenimiento de su finca, y no pretenderás que los hiciera por tu buena cara.

—Aunque sea cierto lo que dices, siempre resulta una gran injusticia.

—¿Cuál?

—Yo ahora no tengo trabajo, y puesto que la sociedad me exige dinero en pago de todos sus servicios, debía darme medios para ganar lo que necesito.

—Eso más que una injusticia es una desgracia. En las épocas de prosperidad, cuando hay paz, orden y bienestar, todo marcha á las mil maravillas, y el que se dedica á un trabajo útil no carece de lo necesario. En los periodos de perturbación como el que atravesamos, el dinero se esconde, los que lo tienen se marchan al extranjero, y los que han de ganarse la subsistencia con su habilidad ó su aplicación, encuentran grandes dificultades. Y por cierto que no contribuyen poco al malestar general esos clubs á que tú asistes y en que se predicán doctrinas tan disparatadas como las que profesas.

—¿Es decir, que no sólo defiendes la propiedad sino que niegas el derecho al trabajo?

—Mucho que sí.

—Lo dicho, eres un reaccionario.

—Dime, ¿no vive un dentista en el piso principal de tu casa?

—Sí.

—Y ¿qué harías si hoy se presentara en tu habitación, empeñándose en que porque no tiene nada que hacer había de sacarte una muela?

—Le tiraba una horma y le rompía el bautismo.

—Pues si tú tienes derecho al trabajo, él también lo tiene, y como su oficio es sacar muelas, con igual razón podía empeñarse en sacarte las tuyas que tú en hacerle un par de botas que no quiere.

—Hombre, casi me has convencido.

—Y si quieres acabar de convencerte dedícate á trabajar cada vez más asiduamente, y en cuanto tengas algunas economías verás cómo le rompes un hueso al primero que venga á marearte con esa estúpida doctrina que proclama que *la propiedad es un robo*.

## LOS CABELLOS.

El pelo tiene también su historia, si no interesante, á lo menos muy curiosa. Se ha llevado largo, corto, suelto, atado, rojo, amarillo, negro, blanco, limpio, sucio ó empolvado.

En todo tiempo se dió gran importancia á la cabellera, y la humanidad hizo siempre gala de este adorno natural, bien que á veces se haya visto algun pueblo sin pelo, dicho sea sin ofensa del gobierno, pues no aludimos á la España contemporánea.

Los persas se lo rizaban esmeradamente, los lidios y jónios se lo entretrejan con hebras doradas y cintas de colores; los griegos y romanos pedían á los dioses todos los primores del arte para adornar sus cabellos, y los dioses mismos, machos y hembras, peinaban una cabellera magnífica y necesariamente divina. De las cortesanas de todos los pueblos y edades no hay nada que decir, especialmente las griegas y romanas de los buenos tiempos, las cuales llevaban el pelo dorado.

Los antiguos egipcios se teñían el pelo de rojo con el objeto de parecer más terribles á sus enemigos con aquel color de sangre, y los griegos heroicos se lo pintaban amarillo ó rubio por asemejarse á Apolo, que lo llevaba de fuego; pero después las mujeres célebres por su belleza usaron cabellos negros, teñidos ó naturales, como Lais, Thais, Friaea, Aspasia y otras ilustres cortesanas.

En Roma predominó por algun tiempo la moda del pelo rubio ó dorado, y más tarde el de matiz rojo. Las matronas romanas se untaban el pelo con jabon galo, dándole luego un viso de polvos rojos. Á imitación de las mujeres, los elegantes de Roma llevaron también el pelo rubio, y el emperador Commodo sobresalía entre todos por el brillo deslumbrador de su cabellera dorada á fuerza de polvos de oro.

Esta moda de cabeza divina se extendió por toda Italia, sosteniéndose especialmente en Venecia, y pasando luego á Francia y otros pueblos de Europa.

Esto en cuanto al color; en cuanto á la forma ó disposición del tocado, no ha sido menos vario el gusto de la humanidad, incluyendo en esta palabra genérica y en lugar preferente el sexo débil.

Los francos de los primeros tiempos llevaban empinado el pelo en el occipucio, donde lo sujetaban con nudos; después se lo dejaron caer suelto sobre los hombros; pero en la época de Clodoveo, solamente los de sangre real podían llevar la cabellera larga como signo y privilegio de lo que eran, teniendo por consiguiente que ir pelados todos los siervos de los peludos señores, lo mismo que los reyes destronados ó vencidos y los príncipes que renunciaban sus derechos.

cientas libras de renta y una casita en la orilla de Loira, es todo lo que mi padre me dejó al morir; sin embargo, ella no tiene más, y con esto y con mi trabajo podré hacerla dichosa. Yo me dedico á las ciencias; pero esa es una carrera muy árida, y es menester que la abandone.

¡Con las ciencias se tarda mucho en llegar á ser rico!

¡Lo único que deseo es saber lo bastante para conseguir agradarle!... Si, esto es de lo primero que debo ocuparme. Si ella me llega á amar, le pido su mano al barbero; si quiere que sea feliz no me la rehusará... á menos que él mismo...

¡Si tuvieran razón aquellas mujeres! ¡Si él estuviera enamorado de Blanca!... ¡Casi me hace creer que es así el tono tan duro con que me contestó esta mañana y su negativa de alojarme en su casa!... ¡Y esa miserable se ha atrevido á decir que era fea... cuando nunca he visto rostro más encantador!... Sea como sea, es menester que yo la vea, que yo la haga conocer la inmensidad de mi amor, y si al fin logro que participe de mi pasión, nadie podrá oponerse á que yo sea su esposo.

Hé aquí, dirán nuestros lectores, unos proyectos bien locos sobre una jóven á quien no se ha visto más que una vez á través de unos cristales de problemático color; y sin embargo, en la posesión de aquella rápida aparición cifraba Urbano la felicidad de toda su vida... Pero detengamos nuestra pluma. ¿Quién sabe si entre las ilusiones que él se formaba y las que todos nosotros nos solemos formar habrá la distancia de una línea?...

## CAPITULO VII.

### La intriga se enreda.

Chaudoreille se dirigía á grandes pasos hacia la Cité, y los diez escudos que le había dado el barbero, los cuales llevaba por prudencia debajo de su mano, le hacían levantar la cabeza con más arrogancia que de costumbre. Colocó su sombrero inclinado sobre la oreja izquierda, de tal manera que podía juzgar del balanceo de su cuerpo por los movimientos de la pluma, la cual caía precisamente sobre su ojo derecho.

Nunca se había sentido Chaudoreille tan activo ni tan satisfecho de sí mismo. La imagen de Blanca la llevaba fija en su imaginación, y siempre

confiado en su mérito, se persuadía que la jóven protegida de Touquet no le veía con indiferencia. Por otra parte, la comisión de que se hallaba encargado, halagaba su amor propio; ya se creía amigo y confidente del marques de Villebelle, á pesar de que no le había dirigido la palabra en su vida; sin embargo, calculaba que gracias á la habilidad con que le serviría en sus empresas amorosas, llegaría á ser conocido más pronto ó más tarde del noble marques, y llegaría á merecer toda su confianza. Engolfado en estos pensamientos, llegó á la tienda que le había indicado Touquet.

—Aquí no se trata, se dijo Chaudoreille ántes de entrar en la tienda, de tener el aire de un provinciano y de poner toda la tienda en movimiento para no comprar nada; es menester no olvidar que soy el enviado de un gran personaje. Me han dado diez escudos á cuenta del precio de mi comisión; de manera que bien puedo gastarme veinticuatro sueldos.

Después de tomar esta determinación abrió la puerta de la tienda y penetró en ella con la mayor soltura; pero al querer saludar á derecha é izquierda, la empuñadura de Orlanda fué á dar contra uno de los cristales de la puerta, el cual cayó hecho mil pedazos.

Chaudoreille se quedó un tanto confuso, y su rostro se entristeció al considerar que el valor del cristal excedería de los veinticuatro sueldos que se había propuesto gastar, al mismo tiempo que dos jóvenes que se hallaban junto al mostrador soltaron una carcajada, mientras que una vieja que estaba sentada enfrente de la puerta murmuraba entre dientes:

—¡Muy torpe se necesita ser para hacer eso!

—Lo pagaré, dijo Chaudoreille lanzando un suspiro.

—Y es muy justo que lo pagueis, dijo la dueña del establecimiento; ¡llevais una espada de una longitud tan desmesurada!

Al oír estas palabras se irguió nuestro caballero y exclamó lanzando á la vieja una aterradora mirada:

—Me sorprende mucho el que os permitais semejantes reflexiones... llevo la espada del tamaño que me conviene, y si hubiera sido un hombre el que me hubiera hablado de su longitud, ya le habría tomado con ella la medida de su cuerpo.

—Yo no he dicho eso por ofenderos, caballero, respondió la dueña de la perfumería, solamente que temía que vuestra espada os incomodara para andar.

—¿Incomodarme?... ¡Vaya una tontería!... Y Chaudoreille le volvió la espalda, y dijo dirigiéndose á las jóvenes:

En el siglo VIII se extendió por toda Europa la moda del pelo rizado; sino que esta *malicia del demonio* hubo de alarmar al clero, que la creyó un lujo pecaminoso. Y tan en serio se tomó esta moda, que hoy llamaríamos inocente, que un concilio celebrado en la época puso á discusión el punto, y despues de largos discursos en latin y en griego, pronunciados por ergotistas terribles, dictó el textual cánon siguiente:

«Teniendo paternal cuidado en traer á buen camino á los que llevan el pelo rizado con artificio diabólico para hacer caer en tentacion á las personas que los ven, les exhortamos á que vivan más modestamente de modo que no se vea en ellos ningun resto de la *malicia del demonio*. Y si alguno pecare contra este cánon, sea excomulgado.»

En tiempo de Luis el Piadoso, el pelo se cortó á raiz del cuello y se recortó más en el de Carlos el Calvo, que no quiso estar él sólo pelado. Los cortesanos, aduladores siempre, hubieron de pelarse á navaja imitando la calva de su amo y señor, y diz que se hizo la vista y aún el gusto á aquel depilamiento de tal modo, que no eran bellas sino las calabazas. Tal es siempre el imperio de la moda.

Despues, entrado ya el siglo X, volvieron á crecimiento los cabellos hasta en las cabezas de los calvos, sin duda á beneficio del aceite de bellotas, llegando á invadir la moda hasta los clérigos, que en un principio la combatieron con anatemas y conjuros.

A principios del siglo XIV, la moda capilar se hinchó en tupé sobre la frente; pero Carlos VII, á instancias del clero, mandó sofocar aquella especie de sublevacion por medio de una real ordenanza, dando él mismo ejemplo de abnegacion en su propia testa.

Vinieron luego las llamadas *gorras de cabello*, las pelucas. ¡Oh las pelucas! Tambien las pelucas tienen su historia, y muy importante. Parte de la importancia de Luis XIV estaba en su gran peluca. Dejemos esta materia para otro artículo y sigamos con el pelo, bien que no nos quede ya ninguno á los pobres españoles, no por causa del gobierno.

Bajo el reinado de Luis XV reapareció la profusion del pelo, y ahora con manteca y polvos.

Los polvos sobre el peinado hicieron furor en toda Europa; había una razon para esta extravagancia: era un disimulo de las canas, y dando el tono á la moda los personajes de respeto, hasta la más fresca y lozana juventud hacia honor ¡la inconsciente! á esta razon subrepticia.

El peinado de las mujeres llegó entonces á formas y tamaños monstruosos, y obra semejante exigia labor tan detenida que las jóvenes de sociedad se peinaban ó hacian peinar por la tarde para el baile ó sarao del dia siguiente, habiendo de pasar la noche en vela ó durmiendo sin reclinar la cabeza, á trueque de conservar intacto aquel pomposo edificio.

Vinieron luego las alas de pichon y la cola ó coleta, moda que adoptaron con entusiasmo los hombres de todas clases y edades, especialmente la coleta, que adornaban con vistosos lazos de cinta, y más adelante, en tiempo de Luis XVI, atado el pelo en la coronilla, se lo dejaban caer por detras, trenzado en forma de cola ó rabo como ántes ó recogido dentro de una bolsa de tafetan.

El peinado femenino siguió desenvolviendo sus ya exageradas proporciones hasta un extremo sobremanera ridiculo. Habia peinados de *pabellon*, de *orejas de ardilla*, de *gallina bañada*, de *castaño de indias*, de *cómoda*, de *cabriolé*, de *perro hidrófobo (fou)*, de *matorral*, de *bosque*, de *jardin*, de *campanario*, y otros excesos.

Pero en 1780 vinieron á tierra todos estos edificios de pelo; pues habiendo perdido el pelo la reina de Francia de resultas de un parto, las damas de su corte tuvieron que seguir la moda real, digámoslo así, y las demas mujeres del reino la moda cortesana. Esta *coiffure d'enfant*, ó sea peinado de niño ó pelo corto, hubo de recorrer media Europa, bien que fuera de Francia no hubiera ninguna reina pelona á quien adular.

En la revolucion desapareció el *peinado del antiguo régimen*, conservando solamente los nobles en salvo la cola, como una protesta contra el nuevo régimen.

El ejército, que tambien llevaba cola, haciendo necesarios los *camaradas de peine*, porque un soldado solo era hombre perdido para peinarse, se rapó bajo el imperio, y hubo de imponer la obra Tita ó Napoleónica á todos los ejércitos de Europa con las demas reformas revolucionarias.

El año 1830 trajo á la frente del hombre el *tupé moderado*, y luego la secta sansimoniana introdujo la melena ó pelo á la romana, con raya divisoria á la izquierda.

El peinado de las mujeres ha pasado estos últimos años

por infinitas variaciones, habiendo reaparecido algunas de las modas antiguas, como cuernos, campanarios y otros edificios. Edificio es y de algunos pisos la última *moda-torreón*, venida de Berlin sin duda, pues París no está ahora de humor para la *toilette*.

Los hombres, hoy por hoy, somos más serios que ántes en materia de cabellos, siguiendo desde mucho tiempo hace la moda que pudiéramos llamar *á mon aise*, aunque los *pollos* peinan ó se hacen peinar la media melena partida por mitad para más gracia á manera de ángeles ó señoritas. Pero los *pollos* no son hombres; lo serán con el tiempo, pero en la actualidad los *pollos* no son más que *pollos*.

## MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

Es verdad que aún no habia olvidado á Vicenta y que no tenia otra novia, pero cada vez me parecia más difícil que ella y yo nos fuéramos fieles tanto tiempo, y cuando mi padre tardaba mucho en enviarme dinero y llegaba á sentir algunas necesidades, era cuando mejor comprendia las ventajas de seguir los consejos de Isidro y Lopez.

Á medida que iban variando mis ideas, era yo ménos desgraciado.

El servicio ya no me parecia tan insoportable, y los años que para cumplir me faltaban, creia que se me habian de hacer más cortos que los meses que habian pasado desde que salí de mi casa.

Una cosa contribuia á esto más que todo.

Al lado de mi padre yo tenia que trabajar mucho.

Desde el amanecer hasta por la noche, estaba uno machacando suela ó haciendo costuras.

No paseaba más que los dias de fiesta, y eso no siempre, porque cuando habia que hacer alguna obra de prisa, mi padre no consentia que por nada del mundo se dejara de servir á un parroquiano.

Y ya puede comprenderse que para un jóven no es muy agradable estar diez ó doce horas diarias sentado en una silla, sin tener la menor distraccion.

En cambio desde que era soldado no tenia que hacer casi nada. En limpiando mi ropa y armas, cosa sumamente fácil, ya se habian acabado mis ocupaciones.

Antes los soldados trabajaban más, porque en verano llevaban pantalón de lienzo, que habia que lavar con mucha frecuencia, y luego como no tenian planchadora, lo estiraban pasando con fuerza una cuchara. Además, el corraje de cuero blanco y el fusil sin empavonar daban mucho que hacer, pero ahora que las correas son negras y el fusil no tiene brillo, basta quitarle el polvo para que esté perfectamente.

La comida no es muy agradable, pero sí abundante, y como los que vamos á servir no somos ningunos señoritos ni estamos acostumbrados á que nos mimen en nuestras casas, comemos con gusto y estamos fuertes y sanos, que es lo principal.

### VII.

A fines del año 1866 pasé al batallón de cazadores de Segorbe.

Mi padre que conocia á su jefe, le escribió rogándole que me reclamara, y así lo hizo.

De este modo mi familia estaba algo más tranquila, pues sabian que al fin y al cabo habia una persona que se interesaba por mí.

Creo que si yo hubiera querido no me hubiese sido difícil ser asistente: pero yo soy poco aficionado al servicio doméstico.

Verdaderamente un asistente no es más que un criado, y aunque algunos están muy contentos con serlo otros prefieren permanecer en su compañía.

El servicio militar es más ó ménos penoso segun las circunstancias, pero nunca es humillante. El hombre conserva gran parte de su independencia, y en las horas que tiene libres es completamente dueño de sí mismo. Pero un asistente tiene todos los inconvenientes de los criados, y además el hallarse sujeto á la ordenanza, que no es flojo.

Verdad es que puede dejar de serlo cuando quiera, pero siempre queda bajo la dependencia de su amo, y es natural que un jefe no mire bien al soldado que no ha querido permanecer en su casa.

Por todas estas razones preferia yo seguir en el cuartel, y casi todos los que van al ejército habiendo tenido ántes un oficio, hacen lo mismo.

Entre tanto las precauciones seguian.

Los revolucionarios no habian escaementado con el golpe del 22 de Junio.

Ya se ve; cuando se arriesga el pellejo de los demas puede uno ser todo lo terco que le acomode.

Lo que yo extrañaba es que encontraran quien les hiciera caso.

Pero sin duda los tontos abundan más de lo que parece, ó la ambicion es mucho más poderosa de lo que yo me figuro.

Lo cierto es que todos los dias estaban separando del servicio jefes y oficiales, que en pocos meses no quedó un sargento á quien no diesen la licencia absoluta, y que muchos fueron enviados á Filipinas.

Por aquel tiempo tuvimos los soldados un gran alegron.

Organizóse de nuevo el ejército creando dos reservas y reduciendo á cuatro años los ocho que hasta entonces duraba el servicio activo.

Puedo asegurar que al tener conocimiento de este decreto, es la única vez que yo me he entusiasmado por el gobierno.

Era ministro entonces el general Narvaez.

Los periódicos y hojas impresas que los revolucionarios hacian circular entre la tropa, decian de él mil picardías, pero yo pensaba que debia ser un buen hombre, y no comprendia cómo se podia tener tanto odio contra el que iba á enviarme á mi casa cuatro años ántes de lo que yo creia.

Yo no entiendo de cosas de gobierno, y no sé si aquel señor mandaba bien ó mal; pero aseguro que si todo lo que hacia era por el estilo de lo que hizo con nosotros, debia ser muy buen ministro.

Verdad es que en las proclamas de los revolucionarios se prometia quitar las quintas, lo cual aún me parecia mejor que rebajar los años de servicio. Pero al fin, aquella no pasaba de ser una promesa, lo otro era ya un hecho; y yo siempre he tenido presente aquel refran que dice que más vale pájaro en mano que ciento volando.

Por otra parte, aunque uno no sea muy listo, no deja de pensar algunas veces en lo que le conviene, y á mí se me hacia muy duro eso de creer que las quintas pudieran acabarse.

Siendo generales los revolucionarios no era probable que quisieran quitar el ejército, porque eso sería lo mismo que confesar que ellos estaban demas.

Y si habia de haber soldados era preciso que los hombres lo fueran por fuerza, porque la verdad es que los voluntarios son muy pocos.

Luego he visto que estas reflexiones que yo entonces hacia eran acertadas.

La revolucion triunfó y las quintas no se han concluido.

Creo que pasarán muchos años ántes de que se concluyan, si al fin llega un dia en que no las haya.

Todas estas cosas me tenian bastante contento.

Llevaba ya cerca de un año de servicio.

Procuraba cumplir con mi obligacion, y nunca recibí mal trato de mis superiores.

Pensaba en que al cabo de tres años volveria á mi casa, y tres años se pasan pronto.

A pesar de los consejos de Lopez y Silvestre, no me decidí á romper con Vicenta.

La escribia de cuando en cuando, y ella me contestaba enseguida, unas veces valiéndose de mi padre y otras de algun memorialista, porque la pobre muchacha no sabia escribir.

En todas sus cartas me ponderaba su cariño y me hablaba de lo que sentia no poder escribirme por sí misma.

Esto se comprende perfectamente.

A los enamorados les gusta decirse mil tonterias que forman el encanto de sus amores, y esto no es posible hacerlo cuando el encargado de escribir es otro. Teme uno que se le rian, y cuando dicta una carta no dice ni la mitad de lo que se le ocurre. Esto, que le pasa á cualquier hombre, con más razon debe pasarle á una mujer.

Así es que las cartas de Vicenta siempre eran muy cortas, y aún las que me escribia por medio de memorialista eran más largas y más expansivas que las que hacia escribir á mi padre.

Sin duda por lo mismo que aquel era un extraño y probablemente desconocido, le daba ménos vergüenza confiarle sus secretos.

Todo esto me hacia pensar en las ventajas de la educacion.

El pueblo es muy descuidado en esa parte.

Si el tiempo que los chicos pierden en la calle ape-

dreándose, diciendo desvergüenzas á los que pasan ó haciendo cosas aún peores, lo emplearan en ir á la escuela, no habria nadie que no supiera leer y escribir, puesto que eso se aprende muy fácilmente.

Creo que el gobierno debia pensar en esto, y así como le obliga á uno á muchas cosas que no le acomodan, debia obligar á todos á que aprendiesen lo más indispensable.

Yo pensaba que si llegaba á casarme y tenia hijos, sin hacer de ellos unos señoritos procuraria que supieran algo, pues el saber no ocupa lugar; un pobre puede adquirir en poco tiempo la escasa instruccion que necesita, y luego le sirve de mucho en todas las ocasiones de la vida.

No pocas veces habia oido decir esto mismo á mi padre, y entonces comprendia con cuánta razon hablaba el buen viejo, y qué bien habia hecho en castigarme cuando yo no queria ir á la escuela y preferia jugar con los chicos de mi edad.

Al decir que seguia mis amores con Vicenta, no pretendo hacer creer á nadie que era tan fiel á mi novia como cuando sali de Valencia.

El ejemplo de mis compañeros, los consejos de mis amigos, y más que todo la inclinacion natural de los pocos años, me hacian buscar la compañía de las muchachas. Algunas habia que me gustaban, y solia darles broma y decirles algo.

Pero nunca llegué á tener con ninguna relaciones formales.

Todo se reducía á acompañarlas á paseo, convidarlas á buñuelos ó admitir que ellas me convidaran cuando yo no tenia dinero, y pasar el tiempo lo más agradablemente posible.

Si Vicenta hubiera sabido esto no la hubiera gustado mucho, y tal vez mis padres me hubiesen reprendido por mi falta de formalidad, pero hay que hacerse cargo de lo que es Madrid y de lo que son veinte años.

Si en esto hacia mal, me parece que la cosa no era muy grave, y sobre todo, puesto que lo hacia, justo es que lo confiese, porque no quiero adornarme con virtudes que no tengo.

Hablo de mí tal como me encuentro, y no quiero parecer peor ni mejor de lo que soy.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

## CASCABELES

La *Discusion* ha publicado un buen artículo contra el militarismo, haciendo notar que esta influencia es perjudicial al buen gobierno de la cosa pública.

Pues mire el colega que el *paisanismo* progresista, radical y democrático es tambien una plagueta de primera categoría.

Parece que se trata hace tiempo de cómo y cuándo se podrá desterrar de España al duque de Montpensier.

Yo me alegraré, porque es lo único que le falta á esta situacion política para que sea la más odiosa y odiada que ha existido en España.

¿Tienen Vds. el mal gusto de leer las sesiones del Congreso?

Lo digo porque estarán ya aburridos de ver como hombres con más barbas que San Andres se entretienen en juegos de chiquillos.

¿Qué bromita para el pobre pais!

Ulloa subió al poder  
Y á su antecesor imita;  
Pues si es ese su saber,  
Gracia acaso puede hacer  
Pero *Justicia*... maldita.

Desde la revolucion acá ha habido siete gobernadores en Cáceres.

¡Digo! ¡si gobernarán bien los liberalitos!

Se ha dado un puñado de cruces á vecinos de Guipúzcoa.

Probablemente estos señoritos serán los únicos ministeriales que haya en aquel bello pais, que no tiene nada de radical ó cimbriero.

Un periódico de la situacion es tan dinástico que dice que pronto se volverán á encender los cirios de San Pascual.

¿Qué tal? ¿eh?

¿Qué dejen cesantes á todos los progresistas y cimbros, y verán Vds. qué cosas dicen!

Cada vez me da más asco la politiquilla.

¡Apénas hubieran armado escándalo los periódicos progresistas si en tiempo de los moderados el gobierno hubiese pedido á cada quisque diez y ocho reales por la cédula de vecindad!

Puede que hubiesen empezado los progresistas á catequizar sargentos para hacer una sublevacion contra las cédulas.

Pero ahora es otra cosa; como tenemos el gustazo de que nos manden y engorden ellos, debemos callar y pagar el pato.

Dicese que se habia pensado en extrañar del reino á los generales injuramentados por *indignos de llevar el nombre de españoles*.

Francamente, que digan esto los 191 es la sublimidad de lo cómico.

¿Saben Vds. para qué sirve la secretaria del Consejo de ministros, nuevamente creada?

Para nada absolutamente, dirán Vds.; pero sí, señores, sirve para que tenga buen sueldo y coche un aspirante á ministro progresista-radical-cimbriero-demócrata-monárquico del chin-chin.

¿Qué situacion tan cursilona!

Los cuatro senadores elegidos en Barcelona son carlistas para servir á Vds.

¡Digo! ¡Si será popular allí este gobierno!

Lo que este gobierno ha hecho con el duque de Montpensier no tiene nombre. Le ha tratado con ménos consideracion que el de Gonzalez Brabo.

Esta es la política de atraccion que usan estos progresistas y unionistas resellados.

Las conferencias de los obreros continúan verificándose en San Isidro todos los domingos. Recomendamos á los que concurren á ellas la lectura de nuestro artículo *El socialismo*.

¿Qué lástima que estando las tardes tan hermosas vayan allí á oír discursos los que podrian irse á merendar al canal, distrayéndose de sus penas!

¿Quién decia que ya no habia progresistas?

Nada ménos que tres comilonas tuvieron el miércoles.

En lo sucesivo, para ponderar las grandes facultades digestivas de un prógimo, no se le comparará con un buitre, sino con un progresero.

¿Conque el Sr. Romero Robledo fué proclamado en el banquete de los *Dos Cisnes*, jefe del elemento joven?

Vamos, se habrá cansado de ser subsecretario y querrá una cartera.

Ni al demonio se le ocurre formar un partido que se llama de los jóvenes.

Todos esos muchachos se verán obligados á ser inconsecuentes con el tiempo.

Y cuidado, que algunos de ellos ya son talluditos.

Pero estos políticos no saben qué inventar para entreteener el tiempo.

Bien, hombre, bien.

¿A qué no saben Vds. á quién aplaudo?

Al Sr. Castelar.

Yo no soy republicano, pero no por eso he de desconocer que dijo cosas muy buenas y muy bien dichas.

Todo el mundo aplaudia.

Ménos los gastrónomos, quiero decir, los progresistas.

A estos no les hizo maldita la gracia.

Por eso nos gustó más á nosotros.

Cuidado que el Sr. Olózaga es intransigente.

No quiere que se hable de esto, ni de aquello, ni de lo otro, ni de lo de más allá.

¿De qué se podrá hablar para que no se incomode el Sr. Olózaga?

## ANUNCIOS

### OBRA TERMINADA.

NIEMEYER.

TRATADO DE PATOLOGIA INTERNA Y TERAPÉUTICA.

Traduccion hecha bajo la direccion del autor por A. Sanchez de Bustamante, con muchas notas tomadas de la traduccion francesa y una indicacion de las aguas minerales de España análogas á las del extranjero señaladas en la obra, y un indice analítico de las materias contenidas en la misma. Consta de cuatro tomos y se hallan de venta en la librería del editor D. Miguel Guijarro, calle de Preciados, 5, á 80 rs. en rústica y 96 en pasta.

### PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —12

### FÁBRICA DE CORSÉS HIGIÉNICOS

y de otras clases.

COMPETENCIA CON TODAS LAS FÁBRICAS CONOCIDAS HASTA EL DIA.

Los hoy desde 50 á 400 rs. Fajas ortopédicas desde 24 rs. Se hacen sobre medida.—Mayor, 56, comercio de sedas.

### A LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion.—Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada, 15, segundo derecha.

### PASTILLAS INFALIBLES

Para curar radicalmente las tercianas y cuartanas, por rebeldes que sean.

La esperiencia de muchos años, la prontitud en recuperar el apetito, buen color y completa salud el enfermo, es la mejor garantía para tan prodigioso medicamento.

Se vende en Madrid al precio de 30 rs. dosis en las boticas de D. José Moreno, calle Mayor, núm. 93; Postigo de San Martin núm. 23; y por mayor con gran descuento Don Manuel Martinez, calle de Silva núm. 3, tienda. (2)

### PIANO.

Se vende uno hermoso de media cola con adornos de palo rosa y dorados; las voces son magnificas, y su autor es el acreditado Boisselot de Marsella. El precio es muy arreglado. En la portería de la casa núm. 27 de la calle de la Reina, darán razon.

### CONSEJOS A LAS MADRES

PARA CRIAR BIEN A SUS HIJOS  
ESCRITOS POR EL SABIO DR. DONNÉ  
VERSION CASTELLANA

Un tomo de 20 pliegos, se vende á 8 reales en Madrid, en la Administracion de EL CASCABEL. Se envia á provincias á quien envíe 16 sellos de medio real ó una libranza de dos pesetas.

### PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

**TOS** catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion. **TOS**

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (17)

### BARRIO DE SALAMANCA.

Acéite de primera de 50 á 52 rs. arroba y 15 cuartos libra.—Tocino á 28.—Manteca á 52.—Jamón á 50, y garbanzos finos de 10 á 26.—En los demás generos tambien se hace rebaja. Serrano, 50, ultramarinos de San Antonio.

MÉTODO DE SOLFEO  
ANALÍTICO, FÁCIL Y CONCISO,  
por J. Lladó.  
SEGUNDA EDICION.

El modo nuevo y sencillo como se hallan demostrados en este Método las combinaciones musicales; simplifica y perfecciona la enseñanza, haciendo en poco tiempo los alumnos rápidos progresos.

Se halla: Madrid: almacenes de D. A. Romero, Preciados, 3, y de D. C. Martin, Correos, 4; Barcelona: en casa del autor, Jovellanos, 3, primero, y en todos los almacenes de música; Habana: Edelmana y compañía, Obra Pia, 23.—Precio libro, 32 rs.

### LAS SIETE PALABRAS.

PARÁFRASIS EN VERSO  
POR DON ANTONIO ARNAO.

Esta preciosa obrita, aprobada por la Autoridad Eclesiástica, encomendada á su publicacion por la prensa, y cuya lectura es propia de estos dias, se vende á peseta en la Administracion de EL CASCABEL.—Tambien la hay en las librerías de Olamendi, Tejado, Durán, y en el *Almacén de Música* de Romero, Preciados, número 1.

MADRID.—1871

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEROTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECOLETOS.)